

La inusual mudanza de la señora Moore

Wilmer Urrelo Zárate

Las escaleras eran demasiado estrechas. Lu observó las gradas desde arriba y supo que iba a ser endemoniadamente difícil bajar el ropero. Jhonny El Oso estaba a su lado, dijo:

—Será imposible bajarlo.

Lu no dijo nada. Jhonny El Oso giró para verlo y se encontró frente a ese ojo siempre inmóvil y apagado. Lu carraspeó, dijo:

—Si lo subieron también podremos bajarlo.

Jhonny El Oso vio que el negro se limpiaba la nariz con los dedos.

—Vamos —dijo, dando vuelta y metiéndose al departamento—. No podemos estar todo el día metidos aquí.

Jhonny El Oso lo siguió. Pasaron por la sala ya desnuda y llegaron a uno de los dormitorios.

La señora Moore los esperaba con los brazos en jarra.

—Creí que ya se habían ido —dijo, algo molesta.

Jhonny El Oso estuvo a punto de decir algo. Lu se adelantó:

—Sólo estábamos viendo cómo sacar el ropero, señora.

La señora Moore era vieja. Demasiado vieja para vestir de esa forma estrafalaria: la peluca verde hasta los hombros, los zapatos calados, muy pequeños, como si tuviera pies de geisha, el maquillaje totalmente exage-

rado y el perfume tan intenso como un abrasador sol en el desierto. Jhonny El Oso creyó que se trataba de una actriz o algo así.

—Pues manos a la obra, muchachos —dijo, moviendo ambos brazos.

Lu se acercó al ropero. Se trataba de una estructura grande y pesada. Lu intentó sopesarlo él sólo y comprobó que así no podía. Jhonny El Oso se puso al otro lado del mueble y lo levantaron entre ambos. El rostro de Lu se congestionó, su cuello experimentó de pronto la aparición de un montón de venas surgiendo por todos lados. Jhonny El Oso parecía imperturbable debajo de su barba rubia. Llegaron hasta el vano de la puerta de salida y lo dejaron allí. Lu dijo que él saldría primero. Jhonny El Oso asintió con la cabeza y se preguntó si ese maldito ropero estaría vacío.

La señora Moore llegó detrás de ellos. Dijo:

—Bájenlo con cuidado. Es un regalo de mi esposo.

Lu le dijo que no tuviera cuidado. Luego le dijo a Jhonny El Oso que al llegar al primer descanso de las escaleras doblara el mueble hacia la derecha. Jhonny le dijo que de acuerdo. Entonces empezaron a bajarlo.

Ganaron el descanso sumamente agotados. El sudor invadía la cara y el ojo muerto del negro. Jhonny El Oso tenía la barba empapada y su tórax subía y bajaba sin cesar.

—Por todos los demonios —dijo Lu, limpiándose la nariz—. Nunca había levantado algo tan pesado.

—Este maldito ropero está lleno —dijo Jhonny El Oso—. Deberíamos preguntarle si sacó todo de adentro.

Lu tomó aire y dijo:

—Ya estamos cerca, Jhonny, mejor terminamos de bajarlo.

Jhonny El Oso no dijo nada. Cogió el mueble de la parte inferior y se mordió los labios para poder soportar el peso. Doblaron el ropero hacia la derecha, pero una esquina de la parte superior se trancó.

—Diablos —dijo Jhonny El Oso.

—Maldición, es muy grande —dijo Lu.

En eso apareció la vieja. Traía una bolsa pequeña en una de sus manos. Los vio y dijo:

—Si subió tiene que bajar —pasó por un costado y ya cuando estuvo al otro extremo dijo—: los espero en el camión. Tengan mucho cuidado, muchachos.

Jhonny El Oso apoyó el ropero en la pared. Vio a Lu.

—Tendremos que apoyarlo sobre las gradas —explicó Lu, el ojo muerto no se movía y Jhonny El Oso comprobó que ahora estaba seco—, luego hacemos que pase primero mi parte y después giramos para que lo haga la tuya. ¿De acuerdo?

Jhonny El Oso agitó la cabeza afirmativamente. Volvieron a levantar el ropero y lo pusieron recto, luego lo bajaron hasta la altura de las gradas y, casi de cuclillas, empezaron a descender las escaleras. Lograron llegar hasta el segundo descanso. Sólo les faltaba uno más.

Jhonny El Oso escupió a un costado. El sudor se deslizaba por sus barbas. El rostro áspero y paralizado de Lu dijo:

—Éste no es un trabajo para ti, Jhonny. Supongo que en la policía era más fácil.

Jhonny El Oso no contestó nada. Sólo se limitó a limpiarse las palmas de las manos en los muslos del mameluco.

—Creo que no es tan difícil como éste —dijo Jhonny El Oso y vio, por primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando junto a Lu en el negocio de las mudanzas, que su jefe sonreía. El rostro del negro se contrajo como si se tratase de un músculo inerte. Dijo:

—Te acostumbrarás pronto.

Volvieron a levantar el ropero sin decir nada. Esta vez lo pusieron de pie y lo llevaron así hasta llegar al primero y, para ellos, el último descanso. Sólo faltaba un par de gradas más. Lu pensó que lo mejor sería que la parte que sostenía Jhonny El Oso cayera muy despacio hacia donde él estaba, como si se tratase de un árbol al momento de ser derrumbado. Se lo explicó y Jhonny le preguntó si podría aguantar el peso.

Lu dubitó, el ojo inerte apuntaba hacia la parte inferior del ropero.

—Por supuesto —dijo.



Entonces Lu le dio la orden a Jhonny El Oso. El ex policía sostuvo el ropero y lo fue soltando despacio. Abajo, Lu sostuvo el peso del mueble con ambas manos. No aguantó.

El ruido de la caída fue estrepitoso. Lu se quitó a tiempo y el ropero se vino abajo. Golpeó con el borde de una de las gradas y dio un vuelco impresionante.

—Demonios —dijo Lu.

El ropero se detuvo en seco. Sin embargo, la puerta estaba destrozada. En eso apareció la señora Moore. Pero ninguno de los dos la vio llegar. Jhonny El Oso y Lu, absortos, veían el interior del ropero.

—Diablos, con razón pesaba tanto —balbuceó Lu.

—A la policía no le gustará mucho esta sorpresa —dijo Jhonny El Oso, rascándose las barbas.

Mientras tanto, la señora Moore se sintió sorprendida y se llevó ambas manos a la boca, como si se tratase de un niño al momento de ser capturado en alguna travesura.